

LA VÍRGEN BLANCA



Leemos con gusto en nuestro apreciable colega vitoriano *La Libertad*:

«En su manto, de nieve y oro, se cobija un pueblo.

Es la patrona excelsa de Vitoria.

La imágen que todos veneramos encierra un poema de ternura.

Allá, en lo más alto de la ciudad, parece esa imágen divina bendecir al pueblo y ser su intermediaria para con el cielo.

De frente á Vitoria, con Jesús en brazos, la Virgen nos muestra su Hijo y nos mira, con mirada de madre.

Encerrada en negro mármol, brilla su sonrisa como los consuelos que envía á las almas doloridas.

Y á su alrededor una aureola brillante de lucecillas que parpadean..., estrellas desprendidas del azul inmenso, para formar la corona de la Virgen, le dan aspecto de faro.

Y á él acuden todos en demanda de amparo y protección que jamás negó la Reina de los ángeles.

Cuando el cielo se cubre de oscuros nubarrones y la tempestad amenaza, lleno de fe y de confianza el labriego honrado se postra á los piés de Nuestra Señora de las Nieves, y en tosca plegaria le habla de sus campos, de los trabajos inmensos que aquellos trigos dorados le costaron y que son la vida de sus hijos y le pide que no los deje morir entre el estruendo del trueno y el ruido del aguacero.

Y á la Virgen Blanca acude la doncella hermosa, al morir el crepúsculo, y charla con inocente franqueza de sus amores, y le dirige ardiente súplica por el hombre que la adora.

Y allí la madre, entre efluvios de cariño santo, hace con fe sincera ofrendas y votos por el hijo de su corazón.

Y á todos consuela y atiende la Virgen.

Por eso Vitoria le ha levantado un altar en el alma de cada uno de sus hijos.

Allí, en silenciosa adoración, se le tributa ferviente y ardoroso culto.

Antes, en honor de su Patrona celebraba Vitoria brillantes fiestas. Hoy *los que todo lo pueden*, han dispuesto otra cosa.

No por eso el cariño á la Virgen Blanca ha amenguado.

Tan sincero, tan espontáneo, tan entusiasta, como entonces, sale hoy de todos los pechos vitorianos una voz:

¡Bendita seas!

K. DE CH.»



LA VIRGEN DE LA BLANCA¹



Del templo en los umbrales, erguido en la colina
 en cuya breve falda Vitoria se reclina
 por ver del valle espléndido el dilatado mar,
 sin arabescos de oro ni prestigioso velo,
 el vivo sol por lámpara, sin más dosel que el cielo,
 de nuestra Virgen Blanca se eleva el tosco altar.

De la ciudad, en torno se agolpa el caserío;
 más lejos, fresco llano donde sesgado río,
 divaga y se adormece por la feraz región;
 tal es el templo augusto que ofrece á su Patrona
 Vitoria, ¡sus rumores son cánticos que entona!
 ¡el himno agradecido de un pueblo en oración!

Allá en la negra noche, cuando se nubla el cielo
 como si Dios airado cubriese con un velo
 su rostro, al ver del hombre la torpe iniquidad,
 un luminoso círculo la anuncia en lontananza:

(1) Poesía premiada en los Juegos florales de Vitoria.